

EL REMORDIMIENTO

El remordimiento no me permite conciliar el sueño por más pastillas que tomo. Soy tonta. Miles de mujeres, antes que yo, han sido infieles, y tan tranquilas. Además, lo mío fue una estúpida aventura causada por mi soledad en un país extraño. Aventura de un solo día. A mi violador no lo volví a ver. Violador, no de mi cuerpo, ya que me entregué voluntariamente, violador de mis principios y mi moral. Sus armas fueron la palabra y su juventud. El también estaba solo y necesitaba cariño. Yo se lo proporcioné, fue todo. ¿Cuánto duró mi pecado? Una hora, dos horas. Un instante entre los largos días de mi existencia, un instante que me ha trastornado. Ni el perdón de la iglesia me ha servido de nada. Me siento sucia y lo estoy.

¿Es realmente el remordimiento lo que me atormenta? Si contesto afirmativamente será engañarme a mí misma. Disfruté el instante. No quiere decir esto que volveré a cometer ese error, pero tampoco que esté arrepentida de lo que pasó. Lo que sucede es que estoy furiosa, esta es la verdad, furiosa por aumentar un grado más la superioridad de mi marido. Perfectamente puedo admitir que sea más fuerte físicamente que yo y, también, lo admito, que sea inteligente, o más bien dicho, mejor preparado. Pero si a esto le agrego que sea más puro que yo...Esto ya es demasiado.

Además, quién me dice que él no me ha engañado alguna vez. No hay hombre que no lo haga . Lo hacen con sus secretarias, con mujeres... ¿ Pero cómo probarlo?

Hoy hablé con él. Le pregunté si alguna vez me ha puesto los cuernos, que le hacía esta pregunta para salir de una duda, asegurándole, que si me

EL REMORDIMIENTO

contestaba positivamente no me iba a enojar en lo más mínimo. Por supuesto que lo negó. Lo negó rotundamente, y no sólo eso, sino que también se hizo el ofendido.

Nuevo fracaso. Quise sacar la información a su mejor amigo. Repito que soy tonta. Ningún hombre traiciona a otro. Me aseguró que mi esposo nunca en su vida había puesto sus ojos en otra mujer que no fuera yo. Su defensa no terminó ahí, sino que agregó, que él estaba seguro que Vicente, mi marido, llegó virgen al lecho conyugal. Esto es para reír. Un hombre a los veintitrés años que es virgen. A ver quién se los cree. Yo no. Aunque...¿ Y si así fuera? Recordé su miedo y su falta de técnica en nuestra primera noche. Pudo ser. ¡Maldición!

Cada día me siento más pequeña. El, al notar mis nervios, ha redoblado sus atenciones. Lo odio. Lo odio como nunca pensé llegar a odiar. Lo más sencillo es separarme y asunto concluido. Pero eso aumentaría mi derrota. Ya no sólo me juzgaría yo misma sino que sería juzgada por todos. “El es el marido perfecto”. Miles de veces me lo han dicho.

Tengo que lograr que me sea infiel. Hablé con dos amigas, una divorciada que se indignó diciendo que ella no era una prostituta, y con una viuda, que prometió pensarlo. Una semana después accedió. No puedo fallar. Ella es guapa y de buen cuerpo. Nuestros preparativos no pueden estar mejor planeados.

Qué felicidad dormir nuevamente en paz. Dos noches sin necesidad de barbitúricos. Nuevamente a la par. Tan sucio uno como el otro. Adiós remordimientos, adiós las comparaciones. Soy dichosa.

Si no estuviera segura de su falta, al verlo tan tranquilo, lo dudaría. Hipócrita. Como si no hubiera roto un plato, ni el más mínimo temblor de sus

EL REMORDIMIENTO

manos o una mirada escurridiza. ¿Y si me mintió mi amiga? No, ella dice que lo hicieron en su casa. Pero ella es capaz de... ¡No! Ella no miente.

Tengo quince días de seguirlo, de espiarlo, de revisar su ropa. No encuentro nada. ¡Dios mío! Llevó diez días sin dormir un segundo a pesar de tomar píldoras y píldoras. Me voy a volver loca si es que ya no lo estoy. ¡Auxilio!

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999